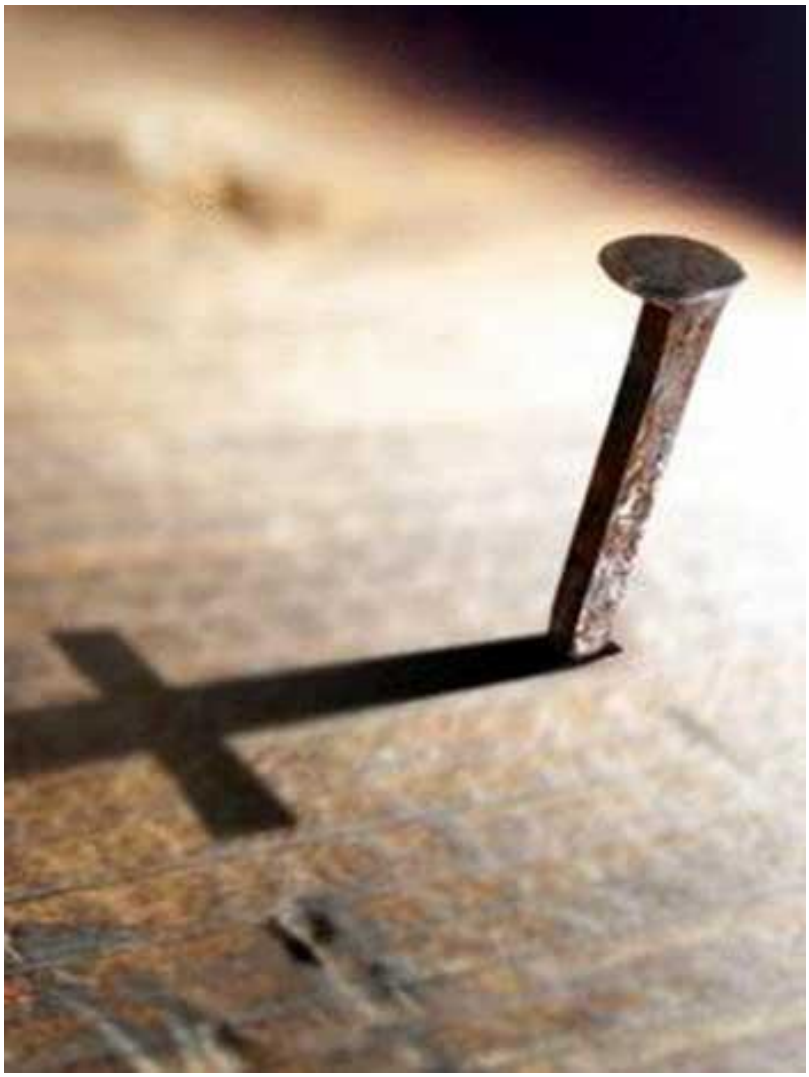
"Porque él es nuestra paz, que de ambos (todos los) pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades". Efesios 2:14-16

(EDITORIAL, 25/03/2016) La cruz de Cristo tiene un mensaje de actualidad perenne para todos los pueblos y naciones del mundo, en el que sería más que oportuno meditar hoy, "viernes santo". Un mensaje sobre *la fuente* **de la paz**; esa paz que todos anhelamos y que, sin embargo, cada vez parece más lejana. Esa paz que derriba muros, mientras los hombres los levantamos.

Pero, es necesario empezar por definir lo que es la Cruz de Cristo o, quizás mejor, lo que no es…

No es la cruz de los cruzados, que tantas sensibilidades despierta entre los creyentes musulmanes, al extremo de obligar a la Cruz Roja Internacional a cambiar su tradicional logo en los países de mayoría musulmana.



No es tampoco la cruz del "Cristo de la Buena Muerte", que con tanto arte, pasión y acrobacia, veneran las tropas de La Legión en la Semana Santa malagueña, en una tradición

de mucho arraigo cultural, pero de difícil encaje en un Estado no confesional y que suscita "pasiones nada santas" entre los sectores más laicistas de la sociedad.

No es la llamada "cruz de Nerón", o cruz quebrada, que algunos atribuyen a orígenes anticristianos (incluso, "satanistas") y que el movimiento de contracultura hippie reconvirtió en símbolo de "paz" a partir de los años 60.

Ni siquiera es la cruz romana que, hace 2.000 años, sostuvo el cuerpo físico de Jesús de Nazareth, cuyas *presuntas* astillas están repartidas por santuarios del mundo entero a modo de venerables reliquias… (Y que si se juntaran todas, podrían servir para fabricar centenares de cruces de tamaño natural, semejantes a aquella, *presuntamente* original).

La verdadera Cruz de Cristo, de la que nos habla el apóstol San Pablo en sus epístolas a los creyentes del primer siglo, y a todos nosotros, trasciende lo material ("De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así", 2 Cor. 5:6); y su poder excede lo imaginable por la mente humana ("Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios", 1 Cor. 1:18).

Es "el misterio escondido desde los siglos en Dios" (Ef. 3:9), pero que ha sido revelado en las Escrituras, de que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados…" (2 Cor. 5:19).

El misterio que explica el poder transformador en la vida de todo aquel que acepta la obra definitiva y final de Cristo en la Cruz, y se considera a sí mismo "crucificado con Cristo" (Gálatas 2:20).

El misterio de ese sacrificio que derribó todos los muros, "matando en la cruz las enemistades", para crear "un Nuevo Hombre"… una nueva humanidad. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Cor. 5:17).

Esa cruz cuyo poder transformador y reconciliador nos alcanza cuando la tomamos nosotros mismos, en obediencia al mandato del Señor:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Lucas 9:23

Tomar nuestra cruz… ¿Qué mejor reflexión (y decisión) para este "viernes santo"?

Actualidad Evangélica - Madrid, viernes 25 de marzo de 2016.-